

La iglesia jesuita de G***
E. T. A. Hoffmann

La iglesia
jesuita de
G***
E. T. A.
Hoffmann

Digitalizado por **LIBRO**dot.com
<http://www.librodot.com>

Encerrado en una miserable diligencia que, por puro instinto, hasta las polillas habían abandonado como las ratas el coche de Próspero llegué por fin, agotado tras un azaroso viaje, ante la posada del mercado de G***. Todas las desgracias que podrían haberme ocurrido recayeron sobre mi carruaje, que se encontraba ahora averiado en la jefatura de correos de la última estación. Por fin, después de varias horas, cuatro viejos y flacos caballos arrastraron, con ayuda de varios campesinos y de mi ayudante, el desmoronado coche hasta allí. Se presentaron los expertos, negaron con la cabeza y opinaron que era necesaria una reparación importante que tardaría dos o incluso tres días. El lugar me pareció agradable y la región alegre; sin embargo, la amenaza de esa forzada estancia allí me asustó bastante.

¡Estimado lector! Si alguna vez te has visto obligado a pasar tres días en una ciudad pequeña, en la que no conocías a nadie, ni nadie te conocía, ¿no sentiste un profundo dolor, no te consumió el deseo de una agradable comunicación? Si es así, compartirás mi desazón.

El espíritu de la vida se manifiesta en todo lo que nos rodea mediante la palabra. Pero los habitantes de las pequeñas ciudades son como una orquesta que, encerrada en sí misma, está ya cansada por los ensayos, acostumbrada a su propia música, en la que sólo sueñan bien y con pureza las obras propias y en la que cualquier nota ajena resulta discordante para sus oídos y la hace callar al punto.

De un tremendo mal humor, paseaba en mi habitación de un lado para otro. Repentinamente recordé que un amigo mío que había vivido unos cuantos años en G*** hablaba a menudo de un hombre sabio e ingenioso al que por entonces había tratado mucho. Me acordaba incluso de su nombre: Aloysius Walther, profesor del colegio de los jesuitas. Decidí ir a verle y utilizar para mi provecho la amistad de mi amigo. En el colegio me dijeron que el profesor Walther estaba en ese momento en clase pero que acabaría pronto, y dejaron a mi elección si quería volver en otro momento o esperar un rato en las salas exteriores. Elegí esto último.

Los conventos, colegios e iglesias de los jesuitas están contruidos en todas partes en ese estilo italiano que, inspirándose en las formas y modos clásicos, prefieren el esplendor y la magnificencia a la seriedad de lo sagrado y a la dignidad religiosa. También aquí las altas salas, aireadas y claras, estaban decoradas con rica arquitectura y frente, a las imágenes de santos, colgadas acá y allá en las paredes entre columnas jónicas, llamaban extrañamente la atención los bajorrelieves de las "puertas, que representaban, sin interrupción, genios danzantes o frutos y exquisiteces culinarias.

Entró el profesor, le mencioné a mi amigo y recurrí durante el tiempo de mi forzada estancia a su hospitalidad. Encontré al profesor exactamente igual a como mi amigo lo había descrito: de conversación fácil, hombre de mundo; en pocas palabras, el clérigo con formación científica que a menudo ha observado la vida por encima del breviario para conocer con precisión lo que en ella ocurre. Cuando encontré su cuarto, amueblado también con moderna elegancia, recordé mis anteriores reflexiones estando en las salas y las manifesté en voz alta ante el profesor.

-Es cierto -dijo-; hemos excluido de nuestros edificios esa sombría seriedad, esa curiosa majestad del tirano caído que ahoga nuestro pecho en las construcciones góticas, que despierta incluso un profundo horror, y nos parece meritorio que nuestros edificios se arroguen la activa alegría de los antiguos.

Yo respondí:

-Pero esa santa dignidad, esa majestad que tiende hacia los cielos en la construcción gótica, ¿no han sido acaso engendrados precisamente por el auténtico espíritu cristiano, el cual, siendo sobrenatural, repugna al espíritu material del mundo clásico, que permanece únicamente en el círculo de lo terrenal?

El profesor sonrió:

-¡Bueno! También en este mundo ha de conocerse el reino superior, y este conocimiento

puede despertarse por medio de símbolos alegres, tal y como nos los ofrece la vida. Así descende el espíritu desde aquel reino a la tierra. Nuestra patria está allí arriba, pero mientras habitemos aquí abajo nuestro reino es de este mundo.

«Ciertamente -pensé-. En todo lo que habéis hecho habéis mostrado que vuestro reino es de este mundo, incluso exclusivamente de este mundo.»

Pero de ningún modo dije al profesor lo que pensaba. Así pues, éste continuó:

-Respecto a la magnificencia de este edificio de la que usted habla, quisiera hacerle notar el encanto de la forma. Aquí, donde el mármol es inencontrable, donde no pueden trabajar grandes maestros de la pintura, se ha tenido que recurrir, siguiendo las nuevas tendencias, a imitaciones. Bastante hacemos atreviéndonos a utilizar yeso pulido. La mayoría de las veces es sólo el pintor quien crea los distintos tipos de mármol, cómo ocurre precisamente ahora en nuestra iglesia que, gracias a la generosidad de nuestros protectores, están decorando de nuevo.

Manifesté mi deseo de verla. El profesor me condujo a ella. Al entrar en la columnata corintia que formaba la nave de la iglesia, las delicadas proporciones me produjeron una agradable impresión. A la izquierda del altar mayor se había levantado un gran andamio sobre el que un hombre estaba cubriendo las paredes de *giallo antico*.

-¿Qué hay, Bertoldo? ¿Cómo va eso? -gritó el profesor.

El pintor se volvió hacia nosotros, pero al momento siguió trabajando y dijo con voz sorda y casi imperceptible:

-Mucho trabajo..., todo confuso..., imposible usar la regla..., animales..., monos..., rostros humanos..., rostros humanos... ¡Ay, pobre de mí! ¡Pobre loco!

Esto último lo pronunció en voz alta, con un tono que sólo puede producir un dolor que anida en lo más hondo. Me sentí extrañamente conmovido. Aquellas palabras, la expresión de su rostro, la mirada que había dirigido al principio al profesor habían mostrado ante mis ojos la desgarrada vida de un artista desgraciado. El hombre no debía tener más de cuarenta años. Su figura, aunque oculta por la bata de pintor, informe y sucia, tenía algo indescritiblemente noble, y su profunda tristeza sólo podía hacer palidecer su rostro, pero no apagar el fuego que brillaba en sus negros ojos. Pregunté al profesor cuál era su relación con el pintor.

-Es un artista extranjero -respondió- que se encontraba aquí justo en el momento en que se decidió reparar la iglesia. Así, emprendió el trabajo que le encargamos con alegría, y de hecho su llegada fue una suerte para nosotros, pues ni aquí ni en la región que nos rodea hubiésemos encontrado un pintor capaz de llevar a cabo todo el trabajo necesario. Es, por cierto, el hombre más bondadoso del mundo, al que todos queremos mucho. Por ello fue muy bien recibido en nuestro colegio. Además de los respetables honorarios que percibe por su trabajo, costeamos su manutención. Pero esto último nos supone un gasto mínimo. Es casi demasiado austero, lo cual probablemente no le viene mal a su enfermizo organismo.

-Pero -le interrumpí- parece tan huraño..., tan excitado.

-Tiene un motivo especial -contestó el profesor-. Pero vayamos a ver algunas bellas pinturas de los altares laterales que hace algún tiempo obtuvimos por una feliz casualidad. Entre ellos no hay más que un único original un Dominichino, el resto son de pintores desconocidos de la escuela italiana, pero si carece usted de prejuicios habrá de admitir que cada uno de ellos podría estar firmado por el nombre más famoso.

Yo los juzgué del mismo modo que el profesor. Curiosamente, el original era una de las obras más flojas, por no decir la peor. Por el contrario, la belleza de algunos cuadros sin firma me atrajo irresistiblemente... Un cuadro sobre uno de los altares estaba cubierto por un paño. Pregunté la causa.

-Este cuadro -dijo el profesor- es el más bello que poseemos. Se trata de la obra de un joven pintor actual, con toda seguridad su última obra, pues su carrera se ha visto truncada. En estos días, por ciertos motivos, hemos hecho cubrir la pintura pero quizás mañana d

pasado pueda, enseñársela.

Iba a seguir preguntado, pero el profesor se dirigió rápidamente al pasillo, y esto fue suficiente para mostrarme su desgana. Volvimos al colegio y acepté gustoso la invitación del profesor, quien por la tarde me acompañaría a visitar un cercano lugar de esparcimiento. Volvimos tarde a casa. Se había levantado una tormenta y, apenas entré en casa, empezó a llover a cántaros. Debía ser ya medianoche cuando se aclaró el cielo, aunque los truenos seguían retumbando a lo lejos. El aire cálido, impregnado de aromas, entraba en la sombría habitación a través de las ventanas abiertas.

A pesar de mi cansancio no pude resistir la tentación de salir a dar otro paseo. Conseguí despertar al malhumorado criado de la posada, que debía llevar ya dos horas roncando, y explicarle que no era una locura salir a pasear a medianoche. Pronto me encontré en la calle. Al pasar ante la iglesia de los jesuitas me llamó la atención el brillo de una luz a través de una ventana. La pequeña puerta lateral estaba sólo entornada. Entré y ante una gran hornacina vi arder un hachón. Habiéndome acercado, observé que delante de la hornacina había una red tendida detrás de la cual se veía una figura oscura que saltaba arriba y abajo en una escalera, y que parecía estar pintando en la hornacina.

Era Bertoldo; quien con todo esmero dibujaba la sombra de la red con pintura negra. Junto a la escalera, sobre un alto caballete, estaba el dibujo de un altar. La ingeniosa ocurrencia me asombró. Estimado lector: si estás mínimamente familiarizado con el noble arte de la pintura, sabrás al momento sin mayores explicaciones qué significa la red cuyas sombras dibujaba Bertoldo en la hornacina. Bertoldo tenía que pintar en ella un altar en relieve. Para trasladar el pequeño dibujo al tamaño definitivo, y siguiendo el procedimiento usual, cubría con una red tanto el bosquejo como la superficie sobre la que la pintura había de realizarse. Pero dado que el fresco final no se realizaba sobre un plano sino sobre la superficie cóncava de la hornacina, sólo de aquel modo sencillo y genial los regulares y rectilíneos cuadrados de la red proyectaban en la pared las líneas curvas que correspondían a la corrección de las proporciones arquitectónicas del diseño, dando la impresión de relieve. Tuve gran cuidado de no pasar delante del hachón para no verme delatado por mi sombra, pero permanecí a un lado lo suficientemente próximo para observar a gusto al pintor. Me pareció otra persona totalmente distinta; quizás debido sólo al efecto del resplandor de la antorcha, su rostro estaba colorado y sus ojos irradiaban un íntimo bienestar. Cuando hubo acabado de dibujar las líneas se colocó con los brazos en jarras y mientras observaba el trabajo comenzó a silbar una alegre cancioncilla. Luego se volvió y quitó la red. Entonces me vio.

-Eh, eh, ¿quién anda ahí? -gritó en voz alta-¿Sois vos, Christian?

Me acerqué a él, le expliqué lo que me había atraído hasta el interior de la iglesia y, entre grandes alabanzas de la ingeniosa invención de la red de sombras, me presenté como un conocedor y practicante del noble arte de la pintura. Sin ningún comentario al respecto dijo Bertoldo:

Christian no es más que un holgazán: iba a permanecer fielmente toda la noche a mi lado y seguro que está durmiendo en cualquier lugar. Mi obra ha de avanzar, pues tal vez mañana sea un mal día para pintar la hornacina, pero nada puedo hacer yo solo.

Me ofrecí a ayudarlo. Se echó a reír a carcajadas, me cogió por los hombros y exclamó:

-Es una broma excelente. ¿Qué dirá mañana Christian cuando se dé cuenta de que es un burro y que no le he necesitado para nada? Venid, entonces, desconocido ayudante y amigo, y ayudadme en primer lugar a levantar el andamio.

Encendió algunas velas, corrimos de un lado a Otro de la iglesia, arrastramos caballetes y tablas y pronto hablamos levantado en la hornacina un alto andamiaje.

-¡Bien, manos a la obra! -exclamó Bertoldo mientras subía a la plataforma.

Quedé asombrado de la rapidez con que Bertoldo trasladaba el dibujo al tamaño mayor. Trazaba las líneas con osadía y, sin embargo, nunca erradas, siempre correctas y puras. Acostumbrado en épocas anteriores a estos trabajos, serví fielmente al pintor. Me situaba

unas veces por encima y otras por debajo de él, y colocaba y sujetaba las largas reglas en los puntos señalados, afilaba los carboncillos y se los entregaba, etc.

-Sois un excelente ayudante -gritó Bertoldo con alegría.

-Y vos -respondí- yo- sois realmente uno de los más hábiles pintores que haber pueda. Decidme, con una mano tan ágil y atrevida, ¿no habéis pintado otras cosas?... Disculpad mi pregunta.

-¿Qué queréis decir? -dijo Bertoldo.

-Bueno -respondí-, pienso que valéis para algo más que para pintar las columnas de mármol en las paredes de las iglesias. La pintura de arquitecturas será siempre de segundo orden; la pintura histórica, el paisajismo son incuestionablemente superiores. El genio y la fantasía, que no están limitados por los estrechos límites de las líneas geométricas, alzan su vuelo con plena libertad. Incluso lo único fantástico de vuestra postura, esa perspectiva ilusoria, depende de cálculos exactos. Así pues, el efecto no es un producto de la mente genial sino únicamente de la especulación matemática.

Mientras así hablaba, el pintor había dejado el pincel y apoyaba la cabeza en una mano.

Desconocido amigo -comenzó a decir con voz áspera y solemne-, cometéis un grave error al querer establecer un rango entre las distintas ramas del arte, como si fueran vasallos de un rey orgulloso: Y aún mayor es el mal que hacéis al tener en consideración sólo a los audaces que, sordos al tintineo de la cadena de su esclavitud, insensibles a la presión de lo terrenal, se creen libres, semejantes a Dios, y pretenden crear y dominar la luz y la vida... ¿Conocéis la fábula de Prometeo, que quería ser un creador y robó el fuego del cielo para animar sus figuras muertas?... Lo consiguió: las figuras se animaron y de sus ojos irradiaba aquel fuego celestial que ardía en su interior. Pero el impío que se había apropiado de lo que sólo a los dioses corresponde no se pudo salvar, condenado a un horrible tormento eterno. El pecho que había vislumbrado lo divino, en el que había nacido el anhelo de lo supraterráneo, fue devorado por el buitre nacido de la venganza, que se alimentaba de las entrañas del temerario. Aquel que deseó lo celestial padeció eternamente el dolor terrenal.

El pintor quedó como ensimismado.

-Pero, Bertoldo -exclamé-, ¿qué relación establecéis vos entre todo esto y vuestro arte? No creo que nadie considere un temerario delito el dar forma a seres humanos, sea a través de la pintura o de la escultura.

Bertoldo rió sarcásticamente.

-¡Ja, ja, ja...! ¡Un juego de niños no es un delito...! Tal y como ellos lo hacen es un juego de niños, esa gente que sumerge alegre su pincel en los botes de pintura y embadurna una pared con auténtico deseo de representar seres humanos. Pero el resultado, como se dice en aquella tragedia, es igual que si un vulgar aprendiz de la Naturaleza intentara infructuosamente formar seres humanos. Esos no son criminales, son sólo pobres e inocentes locos. ¡Señor, Señor...! Cuando se intenta alcanzar lo más sublime, no la voluptuosidad, como Tiziano, no, lo más elevado de la naturaleza humana, la chispa de Prometeo en el interior de los hombres..., ¡Señor!..., en un acantilado..., una estrecha línea, allí es donde uno se encuentra... ¡y el abismo se abre a nuestros pies...! ¡Sobre él vuela el atrevido navegante, y un engaño infernal le hace mirar hacia abajo..., hacia el fondo, en el que ve lo que él pretendía contemplar en las estrellas!

El pintor suspiró profundamente, se pasó la mano por la frente y dirigió luego su mirada hacia lo alto.

-Pero, ¿qué estoy haciendo aquí, charlando con vos, compañero, y diciendo tonterías en lugar de seguir pintando...? Mirad compañero, esto es a lo que yo llamo un dibujo fiel. ¡Qué maravilla es la norma...! Todas las líneas se unen para un fin determinado, para , producir un cierto efecto perfectamente previsto. Sólo lo mensurable es puramente humano; lo que va más allá no es bueno. Lo sobrehumano pertenece a Dios o al diablo. ¿No deben acaso los hombres superar a ambos en lo que a las matemáticas se refiere? ¿Por qué no imaginar que

Dios ha creado al hombre para que se ocupe de aquello que puede representarse y reconocerse a través de normas y medidas, es decir, de lo mensurable, para que así pueda hacerse cargo de las necesidades de su casa, del mismo modo que nosotros construimos aserraderos y máquinas tejedoras? El profesor Walther afirmó recientemente que determinados animales habían sido creados exclusivamente para que otros los coman y que, al fin y al cabo, eso era algo provechoso para nosotros. Así por ejemplo, los gatos tienen el instinto innato de cazar ratones, para que éstos no nos hurten el azúcar preparado para el desayuno. El profesor tiene razón. Tanto los animales como nosotros mismos somos máquinas adecuadas para elaborar determinados productos y amasarlos para la mesa del rey desconocido... Bueno, vamos, vamos, compañero, alcánzame los botes... Ayer, a la luz del sol, preparé todos los tonos. No quería que la luz de las antorchas me engañase. Están numerados en ese rincón. ¡Acércame el número uno, joven...! ¡Gris sobre gris...! Y ¿qué sería esta vida árida y ardua si el Señor de los cielos no hubiera puesto en nuestras manos estos juguetes de colores...? Las personas juiciosas no intentan, como los niños curiosos, romper la caja dentro de la cual suena la música cuando dan vueltas a la manecilla... ¡Es muy lógico que suene, se dicen, puesto que estoy dándole cuerda...! Cuando sitúo estas vigas a la altura de los ojos, estoy seguro de que el espectador lo percibe plásticamente. ¡Súbeme el dos, muchacho...! Ahora le doy la última mano con colores adecuadamente entona- - dos... y parece retroceder cuatro varas. Eso lo sé con absoluta seguridad. ¡Oh, qué listos somos...! ¿Por qué los objetos se empequeñecen en la lejanía? Una única pregunta necia de un chino podría poner en apuros al mismísimo profesor Eytelwein. Sin embargo, él podría recurrir a la caja de música diciendo que siempre que le había dado cuerda había producido el mismo efecto: ¡Violeta, número uno...! ¡Rápido, muchacho...! ¡Otra regla..., un pincel grueso y limpio! ¡Ay! ¿Y en qué se diferencia nuestra lucha, nuestra búsqueda de lo más elevado, del torpe e inconsciente manoteo de un lactante que hiere a la nodriza que lo alimenta...? ¡Violeta número dos..., rápido, muchacho...! El ideal es un sueño ingrato y engañoso creado por el hervor de la sangre... Fuera esos botes de ahí, chico..., voy a bajar. El diablo se burla de nosotros con muñecas a las que ha pegado alas de ángel.

No me es posible repetir literalmente todo lo que Bertoldo dijo mientras pintaba sin cesar y me utilizaba como si fuera su ayudante. Continuó en el mismo tono mofándose amargamente de las limitaciones de cualquier empresa humana. ¡Ay! Parecía mirar a un espíritu herido de muerte cuyo lamento sólo surge a través de una penetrante ironía.

Clareaba el alba, el brillo del hachón palideció ante los rayos del sol. Bertoldo continuó pintando con vehemencia pero cada vez permanecía más y más callado, de su pecho oprimido sólo escapaban algunos sonidos aislados, algunos suspiros. Había cubierto todo el altar con una adecuada graduación de tonalidades y, sin necesidad de acabado, la pintura ya resaltaba hermosísima.

-Magnífico! ¡Realmente... espléndido! -exclamé extasiado.

-¿Lo creéis así? -dijo Bertoldo con voz apagada- ¿Creéis que de ahí saldrá algo? Al menos me he esforzado por hacer un dibujo correcto; pero ya no puedo más.

-¡No añadáis una sola pincelada, querido Bertoldo! -dije-. Es casi increíble cómo una obra como ésta ha podido avanzar tanto en pocas horas. Pero os fatigáis demasiado y malgastáis vuestras fuerzas.

-Y, sin embargo -respondió Bertoldo-, éstas son mis horas más felices. Quizás he hablado demasiado, pero son palabras en las que se diluye el dolor que corroe mi interior.

-Parecís sentirnos muy desgraciado, mi pobre y buen amigo -dije-; algún extraordinario acontecimiento os ha afectado.

El pintor llevó lentamente sus herramientas a la capilla y apagó el hechón. Luego se dirigió a mí y dijo con voz cascada:

¿Podrías hallar algún momento de reposo en vuestra vida si fuerais consciente de un crimen horrible que nunca podréis expiar?

Me quedé petrificado. Los claros rayos del sol iluminaban el rostro pálido y descompuesto

del pintor. Al cruzar tambaleándose por la pequeña puerta que conducía al interior del colegio tenía un aspecto casi fantasmal.

Al día, siguiente apenas podía aguardar la hora de mi cita con el profesor Walther. Le conté la escena de la noche anterior, que me había impresionado no poco. Describí con los colores más vivos el asombroso comportamiento del pintor y no callé ninguna de las palabras que había dicho, ni siquiera las que se referían a él. Cuando mayor era mi esperanza de que el profesor reaccionara, tanto más indiferente me parecía; incluso se sonreía de mí, de un modo extraordinariamente desagradable, puesto que yo no cesaba de hablar de Bertoldo y de insistir en que me dijera todo lo que supiese de aquel infeliz.

-Es un hombre asombroso ése pintor -comenzó el profesor-. Dulce..., generoso..., trabajador..., sobrio, como ya le había dicho, pero de espíritu débil, pues en caso contrario no se hubiera dejado abatir por un hecho anterior en su vida, aunque fuera un crimen, abandonando su magnífica posición de pintor histórico por la de un menesteroso pintor de paredes.

Tanto la expresión «pintor de paredes» como la indiferencia general del profesor me desagradaron sobremanera. Intenté hacerle comprender que Bertoldo seguía siendo un artista digno de la máxima atención y de un vivo interés.

-Bien -comenzó a decir al fin el profesor-, ya que nuestro Bertoldo os interesa tanto, debéis conocer con exactitud todo lo que sé de él, que no es poco. ¡Y como introducción-vayamos en primer lugar a la iglesia! Como Bertoldo ha estado trabajando duramente toda la noche, esta mañana descansará. Si le encontrásemos en la iglesia, fallarían mis planes.

Nos dirigimos hacia allí. El profesor hizo que levantaran el paño del cuadro cubierto, y ante mí apareció con un brillo encantador el cuadro más sugestivo que yo haya visto nunca. La composición era al estilo de Rafael, sublime, sencilla y celestial.

Representaba a María e Isabel sentadas en el césped de un hermoso jardín; ante ellas, jugando con flores, sus hijos Juan y Jesús; al fondo, a un lado, una figura masculina rezando... El dulce y celestial rostro de María, la majestad y piedad de toda su persona me llenaron de asombro y profunda admiración. Ella era hermosa, más hermosa que ninguna otra mujer en el mundo, y su mirada, como la María de Rafael de la Galería de Dresde anunciaba el sublime poder de la Madre de Dios. ¡Ay! Ante esos maravillosos ojos, bordeados de pequeñas sombras, ¿no nacía en el pecho del hombre un anhelo eternamente insatisfecho? ¿No estaban esos delicados labios, como en una dulce melodía angelical, hablando consoladores de la infinita felicidad del cielo...? Un sentimiento indescriptible me obligó a arrojarme al suelo, al polvo, ante ella, la reina del cielo... Incapaz de pronunciar una palabra, no podía apartar mi mirada de aquel cuadro sin igual. Sólo las figuras de María y los niños estaban terminadas; en la de Isabel parecía faltar la última mano y el hombre que oraba estaba aún sin colorear. Al acercarme reconocí en el rostro del hombre los rasgos de Bertoldo. Presentí lo que un momento más tarde me comunicó el profesor:

Este cuadro -dijo- es el último trabajo de Bertoldo, que nos llegó hace algunos años desde N***, en la Alta Silesia, donde uno de nuestros colegas lo compró en una almoneda. A pesar de que no está acabado, lo colocamos en lugar del pobre altar que antes había aquí. Cuando llegó Bertoldo y vio el cuadro, lanzó un grito y cayó inconsciente al suelo. Después evitó con todo cuidado mirarlo y me confesó que era su último trabajo en ese campo. Confiaba en poderle convencer poco a poco para que acabase el cuadro, pero rechazó toda solicitud semejante con horror y aversión. Para que pudiera mantener en cierta medida su presencia de ánimo, tuve que hacer que descolgaran el cuadro mientras trabajase en la iglesia. Una sola y casual mirada sobre él hacía que echara a correr y, como arrastrado por una fuerza irresistible, se echara gimiendo ante el cuadro, en tal estado de paroxismo que se veía incapacitado para trabajar durante varios días.

-¡Pobre hombre, pobre infeliz! -exclamé-. ¿Qué diablo ha clavado su garra destructiva en tu vida?

¡Oh! -dijo el profesor-. La mano y el brazo crecen de su propio cuerpo... ¡Sí, sí! El mismo fue con toda seguridad, su propio demonio..., su Lucifer, que iluminó su vida con la antorcha del infierno. Al menos eso es lo que se deduce con toda claridad de su historia.

Rogué al profesor que me relatara al punto todo lo que supiese de la vida del infeliz pintor.

-Sería muy largo de contar y costaría demasiado esfuerzo -respondió el profesor-. ¡No echemos a perder un día tan alegre con esa triste historia! Vayamos a desayunar y luego al molino, donde nos espera un excelente almuerzo.

No cesé de insistir al profesor y, tras mucho parlotear, al fin conseguí saber que, poco después de la llegada de Bertoldo, un joven que estudiaba en el colegio buscó su compañía e hizo gran amistad con él, de forma que Bertoldo le fue confiando poco a poco los acontecimientos de su vida. El joven los anotó cuidadosamente y entregó el manuscrito al profesor.

¡Con su permiso, señor -dijo el profesor-, era un entusiasta como usted! Pero de hecho la redacción de las asombrosas aventuras del pintor le sirvieron de excelente ejercicio de estilo.

Me costó conseguir del profesor la promesa de que por la noche, una vez acabada nuestra excursión, me confiaría el manuscrito. Bien fuera a causa de mi insatisfecha curiosidad o porque el profesor tuviera realmente la culpa, lo cierto es que nunca me he sentido más aburrido que *aquel* día. Ya sólo la frialdad de hielo del profesor con respecto a Bertoldo tuvo sobre mí un efecto funesto. Pero las conversaciones que mantuvo con los colegas que comieron con nosotros me convencieron de que, a pesar de todos sus conocimientos, de todos sus modales mundanos, carecía de sentido de lo superior y era el más extraordinario materialista que pudiera existir. Había adoptado realmente el sistema de devorar y ser devorado, como lo denominara Bertoldo. Hacía depender toda búsqueda espiritual, toda fuerza creativa y de invención de determinadas predisposiciones de las entrañas y el estómago, y de ello deducía aún mil y un absurdos más. Afirmaba, por ejemplo, con absoluta seriedad, que todas las ideas eran engendradas por la cópula de dos pequeñas fibras en el cerebro humano. Comprendí de qué modo debía torturar con esas cosas absurdas al pobre Bertoldo quien, con desesperada ironía, atacaba toda intervención favorable de lo alto, hurgando como puñales en heridas aún sangrantes. Al fin, al anoecer, el profesor me dio unos cuantos folios escritos diciendo:

-Aquí tiene, querido entusiasta, la chapucera obra del estudiante. No está mal escrito, pero el señor autor incluye extrañamente y contra toda norma las palabras del pintor de forma literal y en primera persona, sin hacer ninguna indicación especial de ello. Por cierto, con esta redacción de la que puedo disponer por mi cargo, le hago un regalo, puesto que sé que usted no es escritor. El autor de las *Fantasías a la manera de Callot* lo recortaría rigurosamente a su absurda manera y lo haría imprimir inmediatamente. Eso es algo que no temo de usted.

El profesor Aloysius Walther no sabía que ante sí tenía realmente al viajero entusiasta, aunque podría haberlo notado. Así pues, estimado lector, te entrego la breve narración del estudiante de los jesuitas sobre el, - pintor Bertoldo. En ella se explica por completo el aspecto que ante mí mostró el artista y tú, lector mío, observarás también cómo el juego portentoso del destino nos lleva a menudo a errores funestos.

-¡Permitid que vuestro hijo vaya a Italia! Ya es un buen artista; es cierto que aquí, en D***, no le faltarán ocasiones para estudiar según los mejores y más diversos originales, mas no debe quedarse aquí. Ha de conocer, en el alegre país del Arte, la libre existencia del artista; sólo allí cobrarán vida sus estudios y formará sus propias ideas. De nada le sirve ya seguir copiando. La planta que ha brotado necesita más luz para crecer y poder dar flor y fruto. Vuestro hijo tiene un auténtico y puro espíritu de artista. ¡No os preocupéis por todo lo demás!

Así habló el viejo pintor Stephan Birkner a los padres de Bertoldo. Estos reunieron

todo aquello de lo que podía prescindir su indigente economía doméstica y pertrecharon al joven para el largo viaje. De este modo se cumplió el deseo más ardiente de Bertoldo: ir a Italia.

«Cuando Birkner me anunció la decisión de mis padres, salté de júbilo y alegría. Los días hasta mi partida transcurrieron como en un sueño. Me resultaba imposible incluso dar una pincelada en la Galería. Hice que el inspector y todos los artistas que había estado en Italia me contaran cosas del país en el que germina el arte. Por fin llegaron el día y la hora. La despedida de mis padres, quienes, torturados por el sombrío presentimiento de que no volverían a verme, no querían separarse de mí, fue dolorosa. Incluso a mi padre, que siempre había sido un hombre firme y decidido, le costó mantener la presencia de ánimo. "¡Italia..., vas a ver Italia!", exclamaron mis colegas. Esto hizo que aumentaran mi ardor y mi anhelo, y partí a toda prisa... Ante la casa de mis padres parecía comenzar para mí la vía del artista.»

Bertoldo, aunque ejercitado en todas las especialidades de la pintura, se había dedicado sobre todo a paisajes, que realizaba con todo celo y entusiasmo. Creyó encontrar en Roma un rico alimento para esta rama del arte, pero no fue así. En el círculo de artistas y amigos del arte en el que él se movía le repetían sin cesar que la cima la ocupaba únicamente el pintor histórico, y que todo lo demás estaba por debajo de él. Le aconsejaron que, si quería llegar a ser un artista de fama, abandonara inmediatamente su especialidad y se dedicara a la más elevada. Y esto, unido a la poderosa impresión, nunca experimentada, que causaran en él el poderoso fresco de Rafael en el Vaticano le hicieron que se decidiera efectivamente a abandonar el paisaje. Dibujaba a la manera de aquel Rafael y copiaba pequeños óleos de otros maestros famosos. Dada su laboriosidad y afán todo resultaba bien, pero él sentía con demasiada claridad que las alabanzas de los artistas y de los expertos sólo pretendía darle ánimos y consuelo. Bien veía el que sus dibujos y copias estaban faltos de la vida que animaba los originales. Las celestiales creaciones de Rafael, de Correggio estimulaban (al menos así lo creía él) la creación propia; pero en cuanto pretendía retenerlos en su imaginación se esfumaban como entre nieblas, y todo lo que dibujaba de memoria, como todo pensamiento confuso e inconexo, carecía de vida, de significación. Esta vana lucha y esta búsqueda llenaban su alma de una sombría melancolía, y a menudo huía de sus amigos para dibujar y pintar en los alrededores de Roma grupos de árboles o aspectos determinados del paisaje. Pero ni siquiera con éstos lograba los mismos efectos de antes. Así, por primera vez, empezó a dudar de su auténtica vocación artística. Parecía que sus más bellas esperanzas iban a desvanecerse.

«¡Ay, mi muy respetado amigo y maestro! -escribió Bertoldo a Birkner-. Me habéis confiado algo grande, pero... aquí, que es donde debía iluminar mi alma, me he dado cuenta de que eso que llamabais auténtico genio artístico no era más que talento..., habilidad manual. Decid a mis padres que pronto volveré para aprender algún oficio que en el futuro pueda mantenerme.»

Birkner le respondió:

«¡Ojalá pudiera estar contigo, hijo mío, para librarte de tu desazón! Pero créeme, son precisamente tus dudas las que abogan por ti, por tu vocación artística. El que cree avanzar siempre con continua y ciega confianza en sus propias fuerzas es un loco que sólo se engaña a sí mismo, pues le falta el auténtico impulso de búsqueda que sólo descansa en la idea de la insuficiencia. ¡Persevera!... Pronto recuperarás tus fuerzas y entonces, y no por la opinión ni por el consejo de los amigos, que quizás no sean capaces de entenderte, seguirás tranquilamente el camino que te ha marcado tu propia naturaleza. Tú mismo podrás decidir entonces si quieres ser paisajista o pintor histórico, y no volverás a pensar en el desgajamiento de las ramas de un mismo tronco.»

Sucedió que, precisamente en la época en que Bertoldo recibió esta carta consoladora de su antiguo maestro y amigo, se había extendido en Roma la fama de Philipp Hackert.

Algunas de las piezas que había expuesto, de extraordinaria gracia y claridad, avalaban la fama del artista. Incluso los pintores históricos admitieron que en esa pura imitación de la Naturaleza había también grandeza y excelencia. Bertoldo respiró... Ya no se burlaban de su arte preferido, vio ensalzado y apreciado a un hombre que lo practicaba. Tuvo la idea, como un relámpago, de que debía ir a Nápoles y estudiar con Hackert. Escribió a Birkner y a sus padres, lleno de júbilo, relatándoles que, por fin, tras una ardua lucha, había encontrado su camino y que esperaba ser pronto un buen artista en su especialidad. Hackert, un alemán franco y leal, recibió con amabilidad al alumno alemán, y éste pronto siguió con vivo entusiasmo el ejemplo del maestro. Bertoldo adquirió gran destreza en representar fielmente los diversos tipos de árboles y arbustos de la naturaleza. También logró grandes resultados en la representación de vapores y efluvios, como ocurre en los cuadros de Hackert. Esto le valió grandes alabanzas. Pero hasta entonces le parecía como si a sus paisajes, incluso a los de su maestro, les faltase algo que no sabía cómo dominar, pero que veía en los cuadros de Claude Lorrain o en los ásperos desiertos de Salvator Rosa. Surgieron en su interior toda suerte de dudas con respecto a su maestro y se ponía de muy mal humor, especialmente cuando observaba con cuánto empeño pintaba Hackert la caza muerta que el rey le enviaba. Pero pronto superó esos sentimientos que él creía malvados y continuó trabajando con piadosa entrega y constancia alemanas, siguiendo el ejemplo de su maestro, por lo que poco más tarde llegó a ser casi su igual.

Así sucedió que, a instancias de Hackert, hubo de entregar un gran paisaje que había copiado fielmente de la naturaleza para una exposición que, en su mayor parte, constaba de paisajes y bodegones de Hackert. Todos los artistas y los expertos admiraron el fiel y limpio trabajo del joven y le dedicaron grandes alabanzas. Sólo un hombre de edad avanzada, extrañamente vestido, no dijo una palabra ni siquiera sobre los cuadros de Hackert, limitándose a sonreír de un modo significativo al oír las fáciles y exageradas alabanzas de la muchedumbre. Bertoldo vio con claridad cómo el desconocido, ante su paisaje, agitó la cabeza con profunda tristeza para alejarse luego.. Bertoldo, un tanto ensoberbecido por las alabanzas recibidas, no pudo reprimir un cierto desprecio hacia el desconocido. Se dirigió hacia él y, dando a sus palabras un tono más agrio del necesario, dijo:

-Señor, parecéis no estar muy satisfecho con el cuadro, a pesar de que expertos artistas no lo han encontrado del todo mal. Servíos decirme dónde está el fallo, para que, siguiendo vuestro generoso consejo, evite y corrija los errores.

El forastero dirigió a Bertoldo una mirada penetrante y dijo con total seriedad:

-¡Jovencito, tú podrías haber llegado muy alto!

La mirada y las palabras del desconocido asustaron a Bertoldo, que no tuvo valor para decir nada más o para seguirle mientras salía lentamente de la sala. Al poco entró Hackert, y Bertoldo corrió a contarle el incidente con el extraño.

-¡Ah! -exclamó Hackert entre risas-. ¡No dejes que eso te afecte! Ese era nuestro viejo gruñón, para el que nada está bien y en todo encuentra algo que censurar. Me he topado con él, en la antesala. Nació en Malta, de padres griegos; un tipo rico y estafalario. No es un mal pintor, pero todo lo que hace tiene un aspecto fantástico que se debe seguramente a sus absurdas concepciones sobre el arte. Ha construido un sistema artístico que no le servirla ni al mismo diablo. Sé muy bien que no me tiene ningún aprecio, pero esto es algo que le perdono a gusto pues no me va a disputar mi bien ganada fama.

A Bertoldo, sin embargo, le pareció como si el de Malta hubiese puesto el dedo en alguna llaga interior, como un médico humanitario que investiga para 'curar. Pero pronto se olvidó de este incidente y siguió trabajando feliz, como antes.

El gran cuadro, por todos admirado, le había dado valor para emprender la ejecución de su pareja. El mismo Hackert eligió uno de los lugares más bellos en los exuberantes alrededores de Nápoles. Éste paisaje había de hacerse al alba, dado que el primero representaba la puesta del sol. Bertoldo hubo de pintar muchos árboles extraños y viñedos, pero ante todo nieblas y

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

